

Sverker Johansson

En busca del origen
del lenguaje



Dónde, cuándo y por qué
el ser humano empezó a hablar

Ariel

Sverker Johansson

En busca del origen del lenguaje

Dónde, cuándo y por qué el ser humano
empezó a hablar

Traducción de Neila García

Ariel

Título original: *På spaning efter språkets ursprung*

Primera edición: febrero de 2021

© 2019, Sverker Johansson, publicado originalmente por Natur & Kultur, Estocolmo, Suecia. Publicado en español por acuerdo con Partners in Stories, Suecia, y Nordik Literary Agency, Francia.

© 2021, Neila García Salgado, por la traducción

Revisión filológica: María Ayete Gil

El coste de esta traducción ha sido cubierto por una subvención concedida por el Swedish Arts Council, al que agradecemos su apoyo.

Derechos exclusivos de edición en español:

© Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

www.ariel.es

ISBN: 978-84-344-3322-9

Depósito legal: B. 1.437-2021

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Sumario

<i>Prefacio</i>	9
<i>Introducción</i>	13

PRIMERA PARTE SOBRE EL LENGUAJE

1. El lenguaje humano	25
2. ¿Posee lenguaje alguna otra especie?	65

SEGUNDA PARTE SOBRE EL ORIGEN

3. Nosotros y los demás simios	101
4. Una aclaración de las peculiaridades de las especies y de las lenguas.	126
5. La explicación de Darwin.	163
6. Legado, entorno y lenguaje	179
7. El cerebro listo para el lenguaje	210
8. El simio colaborador.	231

TERCERA PARTE SOBRE EL ORIGEN DEL LENGUAJE

9. El primer hablante	261
10. El primer tema de conversación	286

11. El hombre de las cavernas	321
12. El hombre de cultura	334
13. Las primeras lenguas	352
14. El entramado del protolenguaje	387
<i>Agradecimientos</i>	403
<i>Bibliografía</i>	405
<i>Índice temático</i>	411

El lenguaje humano

Conforme escribo esto, mi hija menor, Aina, está sentada sobre mis rodillas. Tiene seis meses, es alegre y todo le despierta curiosidad; no es fácil mantener sus manos alejadas del teclado. Se pasa el día emitiendo ruiditos. Ríe, llora, gargariza, balbuce. Comunica con claridad: hace un momento no tuvo ningún problema para hacerme ver que quería que la levantaran de la manta que estaba tendida en el suelo. Pero lo hizo sin lenguaje verbal. Aún no habla, todos esos ruiditos suyos no constituyen idioma alguno. Dentro de unos meses seguramente podrá decirme «papá», pero todavía no.

¿Cuándo se puede decir que un niño empieza a utilizar el lenguaje? Todos los padres saben que el proceso mediante el cual los niños aprenden a hablar es largo, que desde el primer *da da da* balbuciente han de transcurrir varios años hasta que el niño pueda expresarse con fluidez y con oraciones completas en su lengua materna. El niño se va desarrollando paulatinamente; desde el bebé carente de lenguaje hasta el pequeño de tres años que, una vez lo ha adquirido, ya no para de hablar nunca. Es habitual que los niños empiecen a balbucir, a entrenarse con los sonidos de la lengua, más o menos a la misma edad que tiene Aina. Después llegan las primeras palabras reconocibles, en algún momento en torno a su primer cumpleaños; y a los dos años, empiezan a combinar palabras hasta formar frases sencillas. La gramática en sentido más adulto, con oraciones completas, comienza a manifestarse en torno a los tres años. La edad exacta puede variar muchísimo de un niño a otro, algo que he constata-

do con tan solo mirar a mis cuatro hijos, pero la gran mayoría pasa más o menos por las mismas fases y más o menos en el mismo orden, si bien a distinto ritmo.

Que el niño aprenda uno o varios idiomas no repercute en gran medida en el proceso, como tampoco que se trate de una lengua de signos o hablada. Los niños tienen facilidad para aprender idiomas, independientemente de cuál sea su forma y cuáles sean las circunstancias, siempre y cuando crezcan rodeados de ellos. Su facilidad para aprenderlos es pasmosa si la comparamos con la cantidad de esfuerzo y práctica consciente que necesitan para adquirir otras habilidades, por ejemplo, matemáticas o musicales, que en realidad no son más complicadas que el lenguaje.

Pero los niños todavía necesitan un par de años más para adquirir completamente el lenguaje. ¿En qué momento de este proceso queremos empezar a llamar uso del *lenguaje* a lo que hace el niño? ¿La primera vez que emite un ruidito? No, difícilmente; los gritos de los recién nacidos que se oyen en la unidad de maternidad no son razonablemente lenguaje. ¿La primera vez que formula una oración completa y gramaticalmente correcta? Tampoco; los niños hablan por los codos antes de que la gramática esté configurada. Ha de ser en algún lugar a medio camino. Pero es difícil encontrar un punto inequívoco al que podamos señalar. Dentro de algunos meses no voy a poder escribir en el calendario un día en concreto: «Hoy Aina empezó a utilizar el lenguaje». Es posible que pueda escribir: «Hoy Aina dijo *papá* por primera vez». Pero si vamos a llamar *lenguaje* a la primera palabra que utilice, hemos de estar de acuerdo en que es la producción de palabras la que define el lenguaje, y esto es de todo menos evidente.

Ese mismo problema se nos plantea al hablar del origen del lenguaje en la prehistoria. Descendemos de nuestros ancestros los simios, y nuestro linaje familiar ha ido evolucionando gradualmente a lo largo de varios millones de años hasta los seres humanos que somos hoy. Aquellos antepasados simios no eran capaces de hablar más que los actuales chimpancés o babuinos,

pero hoy día nosotros sí podemos. En algún lugar del camino tuvo que haberse desarrollado el lenguaje.

Entre nuestros ancestros resulta imposible trazar un límite claro entre los simios y los seres humanos. A lo largo de millones de años han ido apareciendo, poco a poco, cada vez más cualidades y comportamientos humanos. ¿Quizá ocurra algo similar con el lenguaje? ¿Quizá no hubo jamás un determinado homínido del que se pueda decir que fue el primero en hablar, al igual que tampoco habrá un día que pueda señalar como el primer día en que mi hija habló? ¿O quizá determinar quién fue el primero en utilizar el lenguaje sea una mera cuestión de definición?

En principio, es posible que en algún punto de la evolución humana el lenguaje apareciera simplemente de repente, del todo configurado, de la nada, sin un desarrollo gradual ni formas intermedias. Hay lingüistas, como Noam Chomsky, que defienden esa idea de un *big bang* del lenguaje. Pero desde un punto de vista biológico, es de lo más improbable que una cualidad tan compleja como nuestra capacidad lingüística haya nacido, sin más, de la nada. Lo lógico es que el lenguaje se haya desarrollado en varios pasos, del mismo modo, por ejemplo, que nuestro gran cerebro o nuestra capacidad para crear herramientas. ¿Quizá fuera un desarrollo parecido al que viven los niños?, ¿quizá fueran otros procesos y formas intermedias totalmente distintos? Sea como sea, a medio camino entre los simios carentes de lenguaje y los humanos dotados de él, algún tipo de desarrollo ha tenido que haberse producido. Alguna vez tienen que haber existido estadios previos al lenguaje, formas más sencillas de lenguaje. Tiene que haber habido una protolengua, la primera en poder llamarse *lengua*.

¿Qué fue entonces lo que se desarrolló? El lenguaje, sí, pero ¿más concretamente qué? Hay varios aspectos de él que cabe diferenciar aquí. Los sonidos que se propagan por el aire al hablar son el único aspecto directamente observable, pero no son la faceta más interesante del lenguaje, sino que hay, al menos, dos aspectos más importantes. Uno es la capacidad lingüística que se encuentra en nuestro cerebro, que permite que

utilicemos y comprendamos el lenguaje. La otra es la lengua como sistema social, que permite que las personas estén de acuerdo en qué significa qué, de modo que unos y otros podamos entendernos.

Noam Chomsky considera que la capacidad lingüística de nuestro cerebro es lo más importante, aquello que la lingüística necesita aclarar. El origen del lenguaje se vuelve, pues, una cuestión meramente biológica: ¿cómo se desarrolló nuestro cerebro hasta contener un módulo lingüístico? Muchos otros investigadores dedicados al origen del lenguaje creen, en cambio, que el sistema lingüístico social es más interesante. En ese caso, la cuestión radica más bien en cómo la interacción social de las personas derivó hasta tal punto que nuestro sistema de comunicación común se convirtió en un lenguaje como tal.

Los humanos se distinguen de los demás simios tanto biológica como socialmente. Una cría de chimpancé carece de la capacidad lingüística biológica y jamás podrá aprender del todo a utilizar el lenguaje, ni siquiera aunque crezca en un entorno social humano. Pero un niño que se vea obligado a criarse sin contacto social y comunicación humanas tampoco aprenderá a utilizar el lenguaje. Para ello, es necesario que se den una serie de condiciones tanto biológicas como sociales. Y, al buscar el origen del lenguaje, se ha de considerar el desarrollo tanto biológico como social sobre el que se asientan las bases del lenguaje.

Nuestra voz y nuestra capacidad de emitir sonidos son una adaptación biológica evidente a la lengua oral. Los chimpancés pueden ciertamente producir sonidos, e igual de clamorosos, pero no pueden en modo alguno articular la variedad de sonidos de la lengua con la rápida sucesión que caracteriza el habla humana. Durante mucho tiempo se pensó que esto se debía a una serie de diferencias entre los humanos y los demás simios en lo que a la forma de la faringe, la boca y la lengua se refería, que nos permiten mayores posibilidades de variación a la hora de producir sonidos. Pero ante todo obedece a diferencias en el cerebro y en las conexiones entre este y los órganos articulatorios.

Determinar qué otros elementos integran la capacidad lingüística biológica es una cuestión controvertida entre los lingüistas. ¿Acaso tenemos un «instinto lingüístico» innato y, en ese caso, en qué consiste? Se trata de una cuestión esencial en relación con el origen del lenguaje.

CONCEPTOS LINGÜÍSTICOS

A fin de poder debatir el origen del lenguaje, necesitamos disponer de palabras que nos permitan hablar de los distintos componentes que integran la lengua. Los lingüistas han desarrollado un aparato conceptual para ello, y en este apartado se aclaran los conceptos que se utilizarán en el libro. Quien ya esté familiarizado con la terminología puede saltar directamente a la próxima sección.

La estructura de la lengua se puede analizar a una serie de niveles distintos. Yo he querido comenzar a nivel de la palabra, puesto que es un concepto conocido para la mayoría, y puesto que su significado dentro de la lingüística es muy similar al que adquiere en el día a día. Si uno ha de definir «palabra», dirá que es la unidad lingüística mínima que puede aparecer con independencia y pronunciarse sola. El aspecto de las palabras, sin embargo, difiere mucho de un idioma a otro, y no es fácil encontrar una definición estricta que funcione en todos los contextos. No obstante, en este, nos basta con la palabra entendida en su sentido cotidiano.

Hay varios tipos diferentes de palabras, distintas categorías gramaticales. Las más importantes son:

- **Sustantivo.** Palabra que designa cosas, tanto concretas como abstractas. Ejemplos: *palabra, libro, lengua, persona, universo, idea*.
- **Pronombre.** Palabra corta y sencilla que sustituye a un sustantivo y ocupa su lugar en la oración, bien porque no se determina qué sustantivo ha de ser (*alguien*), bien para ahorrar tiempo y complicaciones (*ella*).

- **Verbo.** Palabra que designa acciones, acontecimientos, estados y procesos. Ejemplos: *saltar, leer, ocurrir, oler, secar, existir, desaparecer.*
- **Preposiciones.** Palabras que, por lo general, marcan dónde ocurre algo, a veces literalmente y otras en sentido figurado. Ejemplos: *hacia, sobre, en, desde, para.* «Lisa fue *hasta* la ciudad *en* coche y compró pastelillos *para* Pelle.»
- **Conjunciones.** Palabras que unen dos partes diferentes de una expresión. Hay, por un lado, conjunciones coordinantes y, por otro, conjunciones subordinantes. Las coordinantes unen dos partes del mismo tipo en igualdad de condiciones, de manera que quedan al mismo nivel. Ejemplos: *y, pero, o.* Las subordinantes actúan como su propio nombre indica, y supeditan una parte de la oración como un apéndice dependiente. Ejemplos: *que, si, porque, aunque.*
- **Adjetivos.** Palabras que designan cualidades de las cosas. Ejemplos: *rojo, bonito, feliz, abstracto.*
- **Adverbios.** Palabras que designan cualidades de elementos ajenos a las cosas. Se trata de una clase bastante heterogénea que engloba palabras que no tienen especialmente mucho en común. Ejemplos: *rápido, recientemente, bastante, mal, no.*

Las categorías gramaticales pueden diferir de un idioma a otro, y es habitual que un idioma carezca de una o varias. Pero eso no quiere decir, por ejemplo, que una lengua sin adjetivos no pueda expresar cualidades, sino que lo hará de otra manera, no con una categoría gramatical propia.

Si empezamos a descender de nivel, hay una unidad con significado menor que la palabra: el monema. Una palabra puede a veces estar integrada por varias partes que ayudan a componer su significado. Hay dos tipos de monema: morfema y lexema. Un morfema es la unidad mínima portadora de significado, la unidad mínima de la que tiene sentido decir que significa algo. Una palabra como «lengua» consta de un solo

lexema, no hay ninguna parte de la palabra que signifique nada por sí sola. Una palabra derivada, como «deslenguado», contiene, en cambio, varios monemas: «des-lengua-(a)do», y cada parte contiene su porción respecto del significado total de la palabra. El núcleo de la palabra es el lexema «lengua». La terminación *-ado* es un morfema que convierte un verbo en adjetivo. Por último, al colocar el prefijo *des-* frente a «lengua» no muta la clase de palabra, pero sí su significado. Se crea así una palabra que consta de tres monemas distintos.

El morfema no puede, por definición, dividirse en unidades más pequeñas dotadas de significado. En cambio, sí se puede separar en sílabas y, en última instancia, en sonidos. De manera análoga, en la lengua de signos el morfema puede fraccionarse —aunque en movimientos y no en sonidos—, pero en aras de la simplicidad nos ceñiremos al español hablado. Una sílaba siempre cuenta, en principio, con una vocal. En torno a la vocal habrá un número variable de consonantes. Las vocales son aquellos sonidos de la lengua que se producen al expulsar aire por la boca sin que este encuentre obstáculo (*a, e, i*), mientras que en las consonantes el aire se ve interrumpido de un modo u otro (*p, f, g, s*).

Cada lengua utiliza un determinado conjunto de sonidos, que varían de una a otra. Casi todos ellos son vocales o consonantes, pero en determinadas lenguas se emplean también chasquidos o clics y otras rarezas. En numerosos idiomas se distingue, además, entre diversos tonos, y lo que a nosotros nos parece la misma vocal constituye para ellos dos sonidos distintos en función de si se pronuncia con un tono agudo o grave, o más variantes todavía.

La cantidad de sonidos de una determinada lengua puede diferir: desde una docena hasta más de un centenar. El español tiene 22 y el sueco unos 35. Esta última cifra varía según el dialecto y es ligeramente superior a la media. El español carece de tonos. En sueco, aunque no se utilizan para diferenciar sonidos aislados, hay patrones tonales para distinguir entre palabras que se escriben igual pero adoptan significados distintos: por ejemplo, la palabra *tomten*, según cómo se pronuncie, po-

drá referirse bien a ese ser vestido de rojo y con barba propio del folclore escandinavo, bien al llano sobre el que se edifica una casa. Un significado y otro se pronuncian con distintos patrones tonales.

Los sonidos de la lengua se pueden describir a dos niveles distintos: por un lado, como fonemas y, por otro, como sonidos de la lengua, como aquello que efectivamente se pronuncia. Los fonemas son las unidades mínimas de sonido con marca de significado, que permiten diferenciar entre palabras. Es habitual en la lengua que aquello que percibimos como el mismo sonido se pronuncie en realidad de diversas maneras distintas según el contexto. Esas variantes divergentes son, pues, el mismo fonema, aun cuando suenen ligeramente diferentes.

Los sonidos de la lengua se pueden analizar, asimismo, desde un punto de vista puramente acústico, según los tonos que contengan, y también según cómo y dónde se produzcan dentro del aparato fonador humano. Pero por ahora podemos dejar a un lado esta cuestión.

Si, por el contrario, ascendemos de nivel con respecto a las palabras, estas pueden agruparse en sintagmas y oraciones. Cualquier persona alfabetizada sabe lo que es una oración: una ristra de palabras que, por escrito, comienza con mayúscula y termina con un punto (o a veces con otros signos de puntuación). Desde un punto de vista oral, una oración es la unidad mínima gramaticalmente completa, aquella que no deja cabos gramaticales sueltos. Con relativa frecuencia, una expresión consta de varias oraciones con relación semántica, pero las oraciones siguen siendo gramaticalmente independientes.

Esto nos conduce hasta la gramática. Se designa así al conjunto de reglas que rige cómo se pueden combinar las palabras en unidades mayores, y también cómo las palabras se componen a partir de morfemas, y cómo a veces las palabras se flexionan según el contexto gramatical en el que se encuentren.

La gramática se divide en ocasiones en sintaxis y morfología. La sintaxis se refiere a cómo las palabras se combinan hasta formar oraciones, mientras que la morfología se ocupa de la forma y la construcción de las palabras por separado, con sus

terminaciones y demás componentes. Esta división funciona bien en español, pero no cobra sentido en todos los idiomas.

Si volvemos a los sintagmas y oraciones, una oración puede estar integrada por varias cláusulas. Cada una de ellas describe, en principio, un acontecimiento, con un verbo que determina qué es lo que ocurre y uno o varios sustantivos alrededor que introducen quién(es) o cuál(es) son los participantes que intervienen en dicha acción. «Lisa conduce el coche» es una cláusula, y también puede actuar como oración completa con tan solo esa cláusula. Pero se le puede añadir otra cláusula: «Lisa conduce el coche que Pelle compró ayer». La segunda cláusula «que Pelle compró ayer» está subordinada a la primera y no puede aparecer por sí sola como una oración independiente. En principio, a una misma oración se puede incorporar un número ilimitado de cláusulas.

Por último, los sintagmas son unidades que las reglas gramaticales pueden tratar como si fueran una única palabra. Si escribimos «Lisa conduce el pequeño coche verde con manchas de óxido en el capó», «el pequeño coche verde con manchas de óxido en el capó» es un sintagma, y gramaticalmente funciona como si fuera un solo sustantivo: un sintagma nominal. En la oración «Lisa habría querido saber volar», «habría querido saber volar» es, de igual manera, un sintagma que gramaticalmente funciona como si fuera un solo verbo: un sintagma verbal.

Hasta aquí puede uno llegar con un análisis de la estructura formal de la lengua sin preocuparse de aquello que en realidad se dice y qué significa, sin preocuparse de cómo las personas utilizan, en efecto, la lengua. Es posible encontrar oraciones formal y gramaticalmente correctas que carecen por completo de sentido, que a nadie se le ocurriría utilizar. Noam Chomsky recurría a un ejemplo, hoy día tan famoso que cuenta con su propio artículo en la Wikipedia: *Colorless green ideas sleep furiously*.¹ En inglés es completamente correcto desde el

1. «Las ideas verdes incoloras duermen con furia»; véase <https://es.wikipedia.org/wiki/Colorless_green_ideas_sleep_furiously>.

punto de vista gramatical, y completamente gratuito,² y he ahí lo que Chomsky viene a decirnos: conforme a su teoría del lenguaje, gramática y significado son totalmente independientes.

Pero tampoco es tan sencillo. El significado a veces también cobra relevancia dentro de la gramática. En español, como en muchas otras lenguas, el sustantivo posee género gramatical, que marcamos, por ejemplo, al utilizar «un» o «una» frente al sustantivo. Después flexionamos los adjetivos para que concuerden con el sustantivo a los que se refieren: «un coche rojo» o «una casa roja». Y, es más, un mismo sustantivo a veces puede ir acompañado de un adjetivo flexionado en cualquiera de los dos géneros. En español es igualmente correcto hablar de «artista reputado» que de «artista reputada». La diferencia, en ese caso, obedece al género real del artista del que se esté hablando. «Reputado» hará referencia a un artista varón, mientras que «reputada» remitirá a una mujer.

Pero incluso si obviamos esos efectos marginales sobre la gramática, el propio *quid* del lenguaje es que aquello que decimos significa en realidad algo, que hay un mensaje comprensible que el oyente puede interpretar. La rama de la lingüística que trata del significado de la lengua se llama semántica.

Cabe, asimismo, nombrar otras dos ramas de la lingüística:

- **La prosodia**, que se refiere a la pronunciación, pero a un nivel que se encuentra por encima de los sonidos individuales de la lengua, a la «melodía» del idioma, a cómo variamos el rango vocal a lo largo de toda una expresión, a fin de comunicar un nivel del mensaje que va más allá de lo que el idioma contiene formalmente. El enunciado «Mañana vienes» se puede for-

2. Al menos para Chomsky la expresión carecía de sentido. En el contexto actual de Suecia, se podría interpretar, en realidad, como una observación cargada de significado para referirse a la andadura política del Miljöpartiet (el partido de los verdes sueco) durante la legislatura en que gobernaron en coalición con los socialdemócratas (2014–2018).

mular como una afirmación, como una orden o como una pregunta, y aquello que distingue la entonación de la pregunta con respecto a la de la afirmación o la orden es la prosodia.

- **La pragmática**, que se ocupa de qué es apropiado decir en según qué momento. ¿Qué saludo he de emplear al llamar por teléfono a alguien? ¿Debería utilizar la misma frase al hablar con mi jefe que al hablar con mi madre? Se trata, en ambos casos, de una cuestión de pragmática. De igual manera, es una cuestión de pragmática cómo de acertado sería mantener, en una posible nueva adaptación cinematográfica de Pippi Calzaslargas, la ocupación original de su padre y decir que es un «pirata, rey de los congolese».

DIVERSIDAD DE LENGUAS

En el ámbito de las lenguas humanas la diversidad lingüística es inmensa, y las lenguas se cuentan a miles. La pregunta «¿Cuántos idiomas existen?» carece de una respuesta exacta y, desde luego, tampoco hay una con la que todos estén de acuerdo. No hay una frontera bien delineada entre aquello que constituye una lengua propia y el mero dialecto de otra. La consideración como lengua aparte es más una cuestión política que lingüística. Desde un punto de vista puramente lingüístico, las diferencias entre algunos dialectos del chino son mucho mayores que entre las lenguas escandinavas, y los lingüistas acostumbran a tratar varios «dialectos» chinos como lenguas independientes. Incluso dentro del territorio sueco, el trazado de las fronteras lingüísticas es un asunto controvertido. No queda para nada claro si el elfdaliano se ha de considerar un dialecto del sueco o un idioma distinto; a mí me cuesta más entender el elfdaliano que el danés, pese a vivir en la misma provincia histórica en que está situado Älvdalen, de donde es originario el elfdaliano. Y el habla del valle del Torne —el meänkieli— se considera un idioma aparte en la ribe-

ra occidental del Torne, pero un dialecto del finés en la ribera oriental.

No toda variación lingüística obedece a cuestiones geográficas. En la zona donde crecí, puedo oír sin mayor problema la diferencia entre gente de distintas clases sociales e incluso si se criaron en el campo o en la ciudad. Y, entre Lidingö y Rinkeby, la distancia lingüística es notablemente mayor que la física, que el metro permite recorrer en escasos minutos.

Cuando se insta a los lingüistas a definir qué es una lengua, a veces se recurre a una vieja broma privada: «Una lengua es un dialecto con ejército propio». Pero esa broma ya no resulta tan graciosa; en demasiadas ocasiones se volvió literal y sanguiariamente seria, como ocurrió, por ejemplo, al resquebrajarse Yugoslavia en la década de los noventa. Mientras el país se mantuvo unido, los yugoslavos hablaron diversos dialectos del serbocroata. Pero, uno tras otro, todos esos dialectos fueron reuniendo cada uno su propio ejército, tras lo cual se desató una guerra civil devastadora y, en la actualidad, el serbocroata se ha fragmentado en al menos cuatro idiomas distintos. Todo sin que nada cambiase ni lo más mínimo en la forma en que la gente hablaba en realidad: la formación de esas lenguas fue un proceso puramente político.

Si, pese a todo, uno ha de tratar de encontrar una definición lingüística de la diferencia entre dialecto y lengua, entonces, tendrá que ver con una cuestión de comprensión mutua. Si dos personas logran entenderse sin mayores aspavientos al hablar, estarán hablando la misma lengua; en caso contrario, no. Esa definición, sin embargo, no dibuja fronteras claras entre las lenguas y lejos está de corresponderse siempre con las lenguas designadas oficialmente como tal. A menudo, por encima de las fronteras nacionales se extiende un continuo de dialectos, de manera que la gente siempre entiende el dialecto que se habla en la aldea colindante, independientemente de si entre una y otra hay una frontera nacional o no, mientras que, a medida que aumenta la distancia geográfica entre las aldeas, los dialectos se vuelven menos intercomprensibles. Podría trazarse una cadena continua de esas características, integrada

por dialectos vecinos mutuamente comprensibles, desde Portugal hasta Italia, pasando por España, Cataluña y Francia. En ese caso, el portugués, el español, el catalán, el francés y el italiano se podrían considerar una lengua única; pero italianos y portugueses no se entienden sin más y, mientras que una persona de Aosta y otra de Chamonix se entenderán bastante bien, un siciliano y un parisino a duras penas lo harán. ¿Cómo se han de contabilizar las lenguas en esta región?

Independientemente de cómo se contabilicen, lo cierto es que hay infinidad de lenguas. Con una definición tacaña que aglutine los dialectos en grupos, el recuento tal vez ascienda solo a 4.000 idiomas, pero con otra más generosa la cantidad se duplica. En Ethnologue³, un catálogo lingüístico a menudo utilizado, figuran algo más de 7.000 idiomas, y es una cifra muy válida.

Todas esas lenguas presentan notables diferencias léxicas y gramaticales, y, sobre todo, estas últimas pueden ser más radicales de lo que muchos creerían. Todas las lenguas europeas que solemos aprender en el colegio —inglés, alemán, francés, etc.— están bastante emparentadas y poseen una misma estructura básica, una misma «idea» tras su gramática, pese a que los detalles puedan distar unos de otros en gran medida. Todos esos idiomas están integrados por verbos y sustantivos que funcionan más o menos como en español, el verbo se flexiona a base de terminaciones para denotar el tiempo y los sustantivos poseen determinadas terminaciones en plural. Dentro de una oración, el orden de las palabras (y, en determinados idiomas, los casos y demás flexiones) sirve para indicar quién hace qué y con quién.

Estas cuestiones pueden antojársele obvias a quien solo esté familiarizado con lenguas europeas, pero las que pertenecen a otras familias lingüísticas pueden estar construidas de maneras totalmente distintas. Algunas carecen por completo de terminaciones, de marcas de tiempo en los verbos y de plural en los sustantivos y recurren, en su lugar, a otros medios para indicar cuándo ocurre algo y de cuántas cosas se trata. En otras len-

3. <<https://www.ethnologue.com/>>.

guas, basta con añadir diversos elementos al verbo para construir oraciones enteras —no solo temporales, sino también morfemas para indicar quién hace qué y con quién y de qué manera— para construir oraciones enteras; así, con una única y extensa palabra, son capaces de expresar algo para lo que en español se precisaría una oración completa. En cambio, otros idiomas disponen de palabras que, en su forma básica, no constan más que de algunas consonantes. Para lograr todo lo que en español se consigue a base de terminaciones, en esas lenguas se introducen, entre esas consonantes, distintas vocales en distintas posiciones. Dentro de los millares de lenguas distintas que hay en el mundo, las variaciones son prácticamente ilimitadas.

¿Por qué hay tantas lenguas? La capacidad lingüística humana debe ser tal que alcanza a manejar muchos tipos distintos de lenguas. Y ¿qué dice la diversidad acerca del origen del lenguaje? El lenguaje debió de seguir tal proceso evolutivo que condujo, naturalmente, al desarrollo de una capacidad lingüística versátil y flexible, por un lado, y al ulterior desarrollo de las lenguas, por el otro.

RASGOS DEL LENGUAJE

Una cuestión a menudo debatida por los lingüistas es qué rasgos comparten, pese a todo, todas y cada una de esas 7.000 lenguas, y qué límites existen respecto de las características de las lenguas. ¿Puede adoptar una lengua un aspecto cualquiera o hay una serie de particularidades básicas que han de poseer todas ellas?

El lingüista Charles Hockett publicó en los años sesenta una lista de rasgos que, según él, caracterizaban las lenguas humanas y que podrían emplearse para definir qué es una lengua. Se dieron a conocer diversas versiones de esa lista, que llegó a incluir hasta 16 rasgos, y en su época fue muy influyente. A continuación, se transcribe su versión más habitual, integrada por 13 rasgos (reformulados por mí):

1. Comunicación mediante la voz y el oído.
2. Emisión sin destinatario específico (cualquiera que se en-

- cuentre en las inmediaciones puede oír); recepción, en cambio, con sujeto identificable (el oyente puede determinar el emisor).
3. Fugaz: el sonido desaparece inmediatamente, a diferencia, por ejemplo, del rastro olfativo.
 4. Uno puede decir todo aquello que puede oír, a diferencia, por ejemplo, de una hembra de pavo real, que no puede reproducir el mensaje que ella misma recibe de un macho a través de su gran cola.
 5. Uno puede percibir sus propias señales (oír su propia voz), a diferencia, por ejemplo, de determinados cérvidos, que envían advertencias a los demás miembros de la manada mostrándoles las partes blancas de su trasero. Ellos mismos no son capaz de vérselas.
 6. La comunicación es consciente y deliberada, a diferencia de la risa y el llanto o, en ese sentido, de los traseros de los cérvidos mencionados anteriormente.
 7. Semántica. Cada señal está específicamente vinculada a un determinado significado.
 8. Arbitraria. No hay un patrón concreto que determine qué señales están conectadas con qué significados.
 9. Combinatoria. La lengua se edifica a partir de componentes que se perciben de manera categórica. Hay dos niveles de combinación en el lenguaje: de sonidos a palabras y de palabras a oraciones.
 10. La comunicación puede referirse a algo ajeno al aquí y ahora.
 11. Es posible enseñar una lengua y transmitirla como tradición dentro de un grupo. Los niños aprenden las lenguas a partir de los adultos. Los adultos también pueden aprender nuevas lenguas a partir de otros adultos.
 12. No fiable. Es posible emplear la lengua al servicio de la mentira.
 13. Reflexiva. Se pueden utilizar las lenguas para comunicar acerca de ellas mismas.

Hockett afirmó que, si bien muchas de las particularidades de la lista pueden hallarse de manera aislada en la comunica-

ción de diversas especies del reino animal, solo el lenguaje humano reúne todos esos aspectos.

La lista presenta, no obstante, varias flaquezas. Ya el primer punto induce a error: las lenguas de signos son lenguas en las que no se emplea en absoluto ni la voz ni el oído. Y tampoco todo uso de la lengua es fugaz: la palabra escrita puede conservarse durante miles de años. Los cinco primeros rasgos dan por sentado que se trata de una lengua oral y dejan de lado otras modalidades de lengua empleadas por el ser humano. Por lo tanto, no pueden considerarse características generales de la lengua: es perfectamente posible imaginar lenguas que no reúnen ninguno de esos cinco rasgos.

En sentido más general, se ha criticado a Hockett porque su lista está centrada en las peculiaridades externas de la lengua, en lugar de características más profundas relativas a su contenido y estructura o de cómo se gestiona el lenguaje en el interior de nuestras cabezas. Varios de los rasgos de la lista de Hockett se pueden explicar como consecuencias externas de aspectos más fundamentales de la lengua.

La casi ilimitada plenitud comunicativa de la lengua —su capacidad para expresar mensajes infinitamente diversos— es uno de esos aspectos fundamentales: la lengua puede, por un lado, ampliarse con libertad mediante la creación de nuevas palabras y, por otro, combinar palabras hasta construir nuevas oraciones, sin chocar contra más barreras que las puramente prácticas. Varios de los rasgos de Hockett son, sencillamente, consecuencias necesarias de esa plenitud comunicativa. Una lengua que no fuera semántica (séptimo rasgo), con significados vinculados a las señales lingüísticas, no habría podido expresar demasiados mensajes. Una lengua que no fuera arbitraria (octavo rasgo) y en la que, en su lugar, hubiera un vínculo directo e inequívoco entre cada señal y su significado, a duras penas habría podido expresar la mayor parte de lo que comunica el lenguaje humano. Se habría limitado a señales que imitasen directamente su significado y, de esa manera, a mensajes que pudiesen expresarse con señales que se asemejasen al mensaje. Hay «lenguas» que se componen en gran medida de seña-

les no arbitrarias de ese tipo. Muchas señales de tráfico, por ejemplo, mantienen un vínculo significativo con aquello que denotan: una señal que advierte de la presencia de alces contiene una representación gráfica de dicho animal, una que obliga a girar hacia la derecha presenta una flecha en dicho sentido y así sucesivamente. Pero ni siquiera una «lengua» tan limitada como la de las señales de tráfico se las apaña sin convenciones arbitrarias. Las señales triangulares advierten de peligros, mientras que las circulares expresan obligatoriedad. El vínculo entre forma y significado es del todo arbitrario. Dentro de una lengua humana común, las palabras *icónicas*, es decir, aquellas que se parecen a su significado, se encuentran en notable minoría. Acostumbran a ser diversas onomatopeyas, como «miau», «pam» y otras por el estilo. Las lenguas de signos pueden constar de una proporción bastante elevada de palabras de esa índole, pues con un movimiento de la mano uno puede imitar muchos más conceptos que con un sonido. Pero incluso estas se componen, en su mayor parte, de convenciones arbitrarias.

Una lengua no combinatoria (noveno rasgo) jamás habría podido ser igual de expresiva que las lenguas humanas que existen. Sin la posibilidad de combinar sonidos hasta formar palabras, cada palabra de una lengua oral habría necesitado ser un sonido único, y la garganta humana no es capaz de producir las decenas de miles de sonidos distintos y diferenciables que habría precisado. Sin la posibilidad de combinar palabras hasta formar oraciones, habríamos necesitado tantas palabras como mensajes se pueden expresar, y ni tenemos tiempo de aprender los millones de palabras distintas que habrían hecho falta ni una memoria capaz de recordarlas.

Una lengua que no pudiera aprenderse (undécimo rasgo) habría tenido que transmitirse de una generación a otra por otro medio que no fuera el aprendizaje de los niños. Entre los animales es, desde luego, común que incluso comportamientos bastante complejos sean congénitos, de modo que se transfieren de una generación a otra por vía genética, sin que medie un aprendizaje. Pero hay límites respecto de cuánta complejidad puede almacenarse en los genes a través de la evolución

biológica, y el lenguaje humano, con todas sus palabras e ingenios gramaticales, sobrepasa con creces esa frontera. Esa misma limitación puede observarse en el canto de los pájaros: en el caso de aquellos con sonidos sencillos, estos acostumbran a ser congénitos; en cambio, entre los pájaros cantores, los cantos, de mayor complejidad, no son congénitos, sino que, para transmitirlos, la nueva generación ha de aprenderlos de la anterior. En lugar de un canto innato, lo que un ruiseñor posee es una capacidad y una necesidad innatas de aprender los complejos cantos de su especie.

Una lengua con una flexibilidad ilimitada en cuanto a sus posibilidades de expresión, como es el caso de una lengua humana, puede poner también, naturalmente, esa flexibilidad al servicio del debate lingüístico. Por eso, el decimotercer rasgo de Hockett tampoco tiene cabida en la lista como una cualidad independiente.

Dos bonobos —chimpancés enanos— se aparean detrás de un arbusto en la selva de la ribera meridional del río Congo. Se trata de un macho y una hembra, algo que en absoluto se puede dar por sentado entre los bonobos: aquello que los humanos llamarían bisexualidad es la norma imperante entre dichos animales. La hembra emite agudos gemidos durante el acto, como si estuviera disfrutando con aquello que está haciendo el macho alfa. Los demás miembros de la tropa se dan cuenta, y eso es lo que la hembra pretende: quiere que sepan con quién está. En cambio, no se percatan para nada de que, detrás de otro arbusto, la hembra alfa de la tropa también se lo está pasando bien con una joven hembra en ese preciso instante, pues se mantiene en silencio. Las relaciones sexuales con una pareja de un estatus inferior no se van pregonando a los cuatro vientos.⁴

Esos gritos de apareamiento no se parecen especialmente a una lengua —más bien recuerdan al sonido que emiten los

4. Esta pequeña historia se basa en las observaciones de los bonobos salvajes realizadas, en el Congo, por la primatóloga —es decir, la investigadora en materia de primates— británica Zanna Clay.